

70/2011

5 octubre de 2011

Hernán Zin

LA LIBERACIÓN DE MOGADISCIO,
¿VUELTA AL PASADO O NUEVO
COMIENZO PARA SOMALIA?

LA LIBERACIÓN DE MOGADISCIO, ¿VUELTA AL PASADO O NUEVO COMIENZO PARA SOMALIA?

Resumen:

La salida de Al Shabab de Bakara y de Mogadiscio plantea una cuestión que es bien conocida por los habitantes de Somalia: ¿quién ocupará su lugar ahora? La lección aprendida tras veinte años de guerra civil es que el hueco liberado por un grupo armado es rápidamente ocupado por otro.

La salida de Al Shabab de Mogadiscio vuelve a poner a Somalia, y a su precario Gobierno, frente a los mismos problemas que provocaron la guerra civil que aún hoy perdura: las ambiciones de poder de los señores de la guerra.

Abstract:

Al Shabab's exit of Mogadiscio held a question well-known by the habitants of Somalia: who will occupy his place now? The lesson learned after twenty years of civil war is that the place liberated by an armed group is rapidly occupied by other one.

This exit put Somalia, and to his precarious Government, facing to the same problems that provoked the civil war that still today lasts: the ambitions of the warlords.

Palabras clave:

Al Shabab, Bakara, Mogadiscio, Somalia, Gobierno Federal de Transición, piratería, hambruna, señores de la guerra.

Keywords:

Al Shabab, Bakara, Mogadishu, Somalia, Federal Government of Transition, piracy, famine, warlords.

INTRODUCCIÓN

El 6 de agosto despertó a los habitantes de Mogadiscio con una noticia que meses antes habrían considerado imposible de creer: las milicias integristas de Al Shabab acababan de abandonar la ciudad.

En una urbe tan pequeña como esta, plagada siempre de rumores, donde la información puerta a puerta suele ser más rápida y eficaz que los boletines horarios de Radio Mogadiscio, los detalles de la retirada no tardaron en darse a conocer: los islamistas vinculados con Al Qaeda habían partido de manera abrupta, precipitada, a lo largo de la madrugada, apretados en camiones que progresaron hacia el norte.

Hacía semanas que la prensa y los informes de seguridad hablaban del retroceso de Al Shabab ante las embestidas de los soldados de la Unión Africana, las tropas del Gobierno Federal de Transición (GFT) y los guerrilleros sufíes de Ahlu Sunna Waljama'a (ASWJ), pero nada hacía pensar que, de repente, los islamistas renunciarían a controlar los distritos del norte de la ciudad, que llevaban ya años bajo su órbita, y en especial el mercado de Bakara, abundante fuente de ingresos para quien lo domina.

Sobre un fondo de edificios en ruinas, infraestructuras devastadas y espacios públicos tomados por decenas de miles de familias desplazadas por el hambre, los castigados pobladores de Mogadiscio se lanzaron a recuperar las calles.

Por primera vez desde la invasión etíope que en enero de 2007 expulsó del poder a la Unión de Cortes Islámicas (UCI), la capital de Somalia volvía a liberarse de la lógica de la guerra urbana: casa por casa, barrio por barrio, puesto de control tras puesto de control, con primeras líneas de combate que cambiaban en cuestión de horas.



Catedral de Mogadiscio

HISTORIA DE UNA OFENSIVA

En realidad, esta inesperada derrota de Al Shabab en la capital se había comenzado a gestar meses antes. Para ser más exactos: el 17 de febrero. Aquel día diversas fuerzas lanzaron una triple ofensiva contra los islamistas radicales: en la frontera con Etiopía, en los límites con Kenia y en la propia Mogadiscio.

Según sostiene Jeffrey Gettleman en *The New York Times*, esta serie de ataques en los que participaron tropas del GFT, de la Unión Africana y diversas milicias irregulares, no fue improvisado sino que se organizó a lo largo de un año con el apoyo de EEUU y de varios gobiernos occidentales.

Para *The Economist*, la fecha de lanzamiento de la ofensiva está relacionada con las elecciones generales en Uganda, que tuvieron lugar el día 18 de febrero. El presidente Yoweri Museveni, que se volvía a presentar como candidato, intentaba “mostrar a los votantes que sus tropas estaban machacando a los fanáticos el mismo día de las elecciones”.

Los soldados y oficiales del UPDF (*Ugandan’s People Defense Force*), constituyen la mayoría de los 9.000 efectivos con que hoy cuenta la misión de la Unión Africana para Somalia, conocida por el acrónimo en inglés AMISOM.

Desde que los islamistas de Al Shabab atentaran en Kampala durante el Mundial de Fútbol 2010, matando a 76 personas, se habían oído algunas voces críticas sobre la presencia de tropas ugandesas en territorio somalí. La respuesta de Museveni fue enviar más hombres a AMISOM.

El resto de las fuerzas de misión de la Unión Africana, unos 4.400 efectivos, son originarios de Burundi. Se espera que en los próximos seis meses unos 3.000 soldados de Sierra Leona y Yibuti se sumen a esta iniciativa, que aún así no llegaría a los 20 mil efectivos que algunos analistas estiman que debería tener para poder imponer el orden en una ciudad como Mogadiscio.

ÉXITOS MILITARES

La triple ofensiva lanzada el 17 de febrero dio rápidamente frutos, en especial en la capital, donde la voz cantante la lleva AMISOM.

En cuestión de días cayeron abatidos varios combatientes extranjeros de India, Paquistán, Yemen, Siria y Kenia que habían llegado para luchar con Al Shabab. Las fuerzas de la Unión Africana desbarataron una red de túneles y trincheras que los yihadistas empleaban para moverse por el norte de Mogadiscio.

Al Shabab respondió el 21 de febrero al detonar una camioneta Toyota cargada de explosivos frente a una estación de policía en el distrito de Hamarjajab, dejando siete muertos. Dos días más tarde, AMISOM se anotó nuevos triunfos al capturar dos puestos fuertes de los integristas: el antiguo Ministerio de Defensa, conocido como Gashindiga, y una fábrica de leche.

Ofensivas y contraofensivas. Avances y retrocesos. Así fueron estos meses de enfrentamiento armado en Mogadiscio, con salvoconductos para poder pasar de la zona controlada por Al Shabab a la que estaba en manos del GFT, con reiteradas acusaciones contra la misión de la Unión Africana de no respetar a los civiles, con Villa Somalia, la residencia del presidente Sharif Ahmed, castigada casi a diario por el fuego de los mortero.

El 5 de marzo un portavoz de la AMISOM reconoció que habían perdido “docenas de soldados”. Imposible negar los brutales vídeos y fotografías que Al Shabab difundía a través de Internet. El gobierno de Buyumbura admitía también que 43 efectivos de su país habían fallecido, que cuatro se encontraban desaparecidos y que más de un centenar habían

resultado heridos.

LA CAÍDA DE BAKARA

Las apuestas aumentaron cuando el 12 de mayo AMISOM y las tropas del TFG avanzaron contra el mercado de Bakara, bastión de los islamistas. Un lugar de enorme valor estratégico ya que por su elevación permite dominar el de la ciudad y porque es una enorme fuente de recursos para quien recauda impuestos entre sus negocios y controla sus vías de acceso.



Soldados GFT en el Frente

Creado en 1973 por el gobierno de Siad Barre, Bakara saltó a la fama en los años 90 por la impunidad con la se vendían lanzagranadas, morteros de 80mm o 120mm y ametralladoras en sus tiendas y que, por supuesto, probaban allí mismo, disparando al aire. Era el supermercado que abastecía a las milicias de los señores de la guerra en su lucha fratricida.

Otra de las peculiaridades de Bakara era que, en cuestión de horas, conseguía al visitante pasaporte falso somalí, keniano o etíope, además de certificado de nacimiento o diploma universitario. Negocio conocido como *cabdalle shideeye* por el nombre de la primera tienda que se dedicó a brindar tan peculiares servicios.

También fue el escenario en el que se desplomaron los famosos helicópteros Black Hawk en 1993. Incidente que terminaría con la vida de 18 militares de EEUU y más de mil somalíes. La foto que el reportero Paul Watson tomó del cuerpo del sargento Cleveland siendo arrastrado por una furiosa turba por las calles de Bakara llevaría a la administración Clinton a no volver a intervenir en África, genocidio de Ruanda incluido.

La Unión de Cortes Islámicas (UCI), que en junio de 2006 venció a los señores de la guerra y se hizo con el control de buena parte del país, prohibió la venta de armas en Bakara.

Como sucedió con los talibanes en Afganistán, la población en general agradeció en un principio que alguien pusiese finalmente orden ante los desmanes de los grupos armados y sus líderes. Una experiencia que duraría seis meses, hasta la invasión de Etiopía respaldada por EEUU.

Al Shabab, brazo armado de la UCI, tomó preponderancia justamente en la lucha contra los etíopes hasta convertirse en el grupo armado islamista más poderoso del país. Cuando sus integrantes volvieron a Mogadiscio impusieron una versión extrema de la *sharía*, la ley islámica, que incluye lapidaciones públicas por adulterio. El estadio de fútbol de la ciudad era uno de los lugares donde se practicaban las ejecuciones públicas.

De este modo, el bullicioso mercado se quedó sin música, al igual que las radios locales – entre las que destaca Radio Al Andaluz, que en un reciente concurso regalaba AK47 y granadas a los niños que mejor recitasen el Corán –, pues los radicales la consideran contraria al Islam.

En este sentido, la reciente salida de Al Shabab de Bakara y de Mogadiscio significó también una automática distensión del ambiente social en la capital. La mayoría de los somalíes son sufíes, ajenos a la rigidez del wahabismo saudí que intentan imponer Al Shabab.

MOGADISCIO LIBRE

Hoy Bakara presenta un aspecto desolador. El vacío dejado por Al Shabab en la que era su fortaleza, aún no ha sido reemplazado de forma alguna, y es probable que pasen meses antes de que esto suceda.

Fachada tras fachada cubierta de agujeros de bala, de metralla de mortero. No hay una sola edificación que no muestre señales, heridas, de la feroz batalla que hasta hace poco tiempo aquí se libró. Calles anegadas de arena, reverberantes de sol, en las que apenas se vislumbra algún transeúnte.

El contraste con el resto de la ciudad no podría ser mayor. Allí, a pesar del precario estado de las infraestructuras - colapsadas, desaparecidas, tras veinte años de guerra civil -, las calles, los mercados, las rotondas, rezuman vida, ajetreo, movimiento, especialmente durante el día, durante las horas comerciales.

Si algo conocen los somalíes es volver a ponerse de pie, de seguir adelante con sus vidas, con sus negocios, a pesar de todo. Quizás por eso, como sostiene el profesor Peter D. Little en su libro *Somalia: Economy Without State*, el PIB del país ha seguido creciendo a pesar de la guerra, la falta de gobierno central y las hambrunas cíclicas.



Desplazados

Señales de esta capacidad de emprendimiento en medio de la anarquía no faltan. Al bajarse del avión en Mogadishu el visitante recibe un mensaje de bienvenida de la empresa local de móviles: “Ku soo dhowow SOMAFONE. Please call 101 for more help”. Como si estuviera en el primer mundo, aunque tenga que correr hacia la terminal por miedo a los disparos de los francotiradores.

Los coches bomba se despedazan frente a edificios del gobierno, frente al aeropuerto y los hospitales; la artillería castiga mercados, plazas y casas, pero lo que ninguna facción armada se anima a tocar, en una suerte de pacto no escrito, son las antenas de la telefonía móvil. Recurso esencial para la guerra, pero también para los negocios.

Después, ya en la sala de migraciones del aeropuerto Aden Adde – nombre del primer presidente del país: Aden Abdullah Osman Daar - toca rellenar el formulario en el que se pregunta al visitante su nombre, número de pasaporte, nacionalidad, sexo, fecha de nacimiento y, como quien no quiere la cosa, en los últimos casilleros: el calibre y la marca del arma que porta.

MEJOR PERO CON REPAROS

Para este cronista, que ha visto la ciudad en sus momentos más lóbregos, dividida y enfrentada hasta el paroxismo, sin más posibilidad que sumarse a un blindado para recorrerla, y que la ha vuelto a visitar hace una semana, el cambio es más que evidente. Ahora hay gente en las calles, negocios abiertos, coches que circulan libremente.

Sin embargo, resulta evidente que la preocupación continúa latente entre los ciudadanos de la ciudad. Saben que Ali Mohamud Rage, portavoz de Al Shabab, ha declarado que se trata de una “retirada estratégica”, y que Al Yazira ha mostrado a los insurgentes vestidos de negro desfilando por los suburbios de la ciudad, por la famosa fábrica de pasta que marca la nueva primera línea de combate.

Saben que Fazul Abdullah Mohammed, líder de Al Qaeda en África Oriental, cerebro de los atentados de 1998 contra las embajadas de EEUU en Tanzania y Nairób, y comandante de Al Shabab, llevaba unos reveladores documentos la noche del 8 de junio en la que murió de un disparo en un puesto de control de Mogadiscio. Documentos en los que se planteaba una nueva estrategia para la organización terrorista. En lugar de controlar buena parte de la ciudad, tenía que pasar a una estrategia de “golpear y correr”. Atentados puntuales, emboscadas, más que ascendiente sobre territorios.

Pero lo que mejor saben los habitantes de Mogadiscio, y de toda Somalia, es una lección que aprendieron a lo largo de estos veinte años de guerra civil: el lugar dejado por un grupo armado es rápidamente ocupado por otros grupos armados. El único vacío permanente aquí es el que no llena el gobierno central.

Y la preguntan que se hacen es si los nuevos dueños de Mogadiscio serán capaces de ir más allá de las líneas de clanes, subclanes, milicias y señores de la guerra, para imponer la paz.

LOS DUEÑOS DE SOMALIA

Las antiguas crónicas de las luchas de los musulmanes contra los cristianos de Abisinia, destacan a los somalíes como guerreros valientes y decididos a la hora de defender el Islam, pero anárquicos fuera del campo de batalla. El profesor Ioan M. Lewis, uno de los mayores expertos en Somalia, no duda en trazar un paralelismo entre aquellas narraciones del siglo XIV y la actual situación en el país.

“Inclusive bajo el mando del imán, los reclutas somalíes resultaban problemáticos y difíciles

de controlar. Las luchas y competencias entre los distintos linajes tomaban caminos similares a los de hoy en día”, escribe en su libro *A Pastoral Democracy*.

Paradójicamente, Somalia, con sus casi diez millones de habitantes, tiene una ventaja competitiva con respecto a otros estados africanos: la cohesión social. A diferencia de la vecina Kenia, que está compuesta por 42 etnias, los somalíes pertenecen mayoritariamente al mismo grupo étnico y comparten un mismo idioma. Sólo colectivos históricamente relegados por sus raíces bantúes, como los *jareer*, permanecen al margen.

Para el británico John Drysdale, las tan arraigadas divisiones en clanes y subclanes responden a la necesidad de unión frente a un lugar desértico, de clima hostil. En su obra *Whatever Happened to Somalia?* explica: “La lluvia puede fallar, los pozos secarse, el pasto convertirse en polvo... y se necesita fe y lealtad al clan para que todos puedan sobrevivir”.

Este ámbito de pertenencia, de último recurso frente a un medio hostil, se organiza según la descendencia a un antepasado masculino común. Por esta razón los somalíes no preguntan de *dónde* vienes sino de *quién* vienes. Y dicen que los niños son capaces de recordar su genealogía a la largo de veinte generaciones.

El profesor Ioan M. Lewis emplea la expresión “confederación de clanes” para referirse a los seis grandes grupos en los que se divide la sociedad somalí: Digil, Rahanweyn, Isaq, Darod, Dir y Hawiye. Grupos estos que a su vez se escinden y fragmentan en un archipiélago de clanes y subclanes que suelen estar gobernados por los ancianos de cada comunidad.

De las luchas y divisiones intestinas entre los pastores nómadas da cuenta Gerald Hanley en el libro *Warriors*. En sus páginas recuerda cómo durante el dominio colonial británico él mismo, que ostentaba un alto cargo militar, intentó evitar que continuasen las constantes peleas entre los clanes. A tal punto de desesperación llegó que amenazó a los jefes tribales con suicidarse si no cesaban en sus guerras.

“De todas las razas de África, no hay ninguna mejor para convivir que la más difícil, orgullosa, brava, vanidosa, despiadada y amistosa: los somalíes”, escribió Hanley, al que Ernest Hemingway calificó como el escritor más prometedor de su generación.

En *Understanding Somalia And Somaliland*, Ioan M. Lewis sostiene que fueron las constantes pugnas entre los somalíes las que permitieron a los colonizadores extranjeros dividir con facilidad a Somalia. Dentro de la lógica de estas rencillas de poder, también menciona los tradicionales procesos de paz entre los clanes y la observación de un cierto equilibrio de

fuerzas que garantizaba que ninguno de los grupos terminase por aniquilar al contrario.

Para el periodista Scott Peterson, testigo de los primeros años de la guerra civil, la verdadera tragedia somalí es consecuencia del adelanto tecnológico, del reemplazo de la lanza por el fusil en las habituales escaramuzas entre clanes y subclanes.

“Los somalíes no estaban preparados para la dimensión del caos que los iba a afectar”, escribe en su libro *Me Against My Brother*. “Un peligroso cóctel al mismo tiempo moderno y antiguo, que mezcla las demandas de venganza del pasado con la perturbadora posibilidad actual de matar sin esfuerzo a un vasto número de personas”.

La dictadura de Siad Barre consiguió mantener unificado y en calma al país. Su abrupta salida del poder en 1991 fue la que desató el caos que aún hoy continúa. Clanes, subclanes, señores de la guerra y armas, muchas armas. Se estima que sólo en Mogadiscio hay un millón de fusiles para una población de 1,5 millones de personas.

LOS SEÑORES DE LA GUERRA

Ahmed Nur Mohammed, el alcalde de Mogadiscio, accede a darnos una breve entrevista en la sala VIP del aeropuerto Aden Adde, donde se ha desplazado para recibir un importante cargamento de ayuda humanitaria para las víctimas de la hambruna que afecta a doce millones de personas en el Cuerno de África y que ya se ha llevado por delante la vida al menos de 30 mil niños. Cajas que bajan del vientre de un Antonov de bandera rusa cuyo enorme fuselaje se recorta contra las aguas esmeralda del Índico.

El 20 de julio, las Naciones Unidas declararon oficialmente el estado de hambruna en las regiones de Bakool y Bajo Shabele, a las que se unieron en agosto las zonas de Balcad y Cadale, en el Shabelle Medio, y el campo de desplazados internos de Afgoye, en las afueras de Mogadiscio. El 5 de septiembre se sumó una sexta región, Bay, que también se encuentra en el sur del país.

Para algunos observadores, la retirada de Al Shabab de Mogadiscio también podría estar relacionada con la catástrofe humanitaria, pues tiene su epicentro en la zona que domina la organización integrista.

Una catástrofe cuyas proporciones sólo son comparables con aquella que sacudió a Somalia entre 1991 y 1992 provocando la intervención internacional a través de la UNOSOM y luego, tras los desafíos del señor de la guerra Mohamed Farrah Aidid, que dificultaba que la comida

llegara a los hambrientos, la resolución 794 del Consejo de Seguridad de la ONU y el arribo de las fuerzas armadas de EEUU en el marco de la operación Devolver la esperanza.

El alcalde Ahmed Nur Mohammed parece la persona ideal para hablar de la realidad de la capital tras la reciente salida de Al Shabab (grupo por el que este hombre, que en 2010 abandonó Gran Bretaña para volver a su Somalia natal, no alberga demasiadas simpatías pues ya intentó matarlo en varias ocasiones).

Lo primero que nos dice es que Mogadiscio tiene una fama injustificada. Durante los peores temporadas de combates morían 20 personas al día, asegura. Mientras que en Bagdad, la cifra por jornada era de 50 o 100. “No creo que sea la ciudad más peligrosa del mundo. Y mucho menos ahora”, sentencia.

Después, al referirse a los desafíos de Mogadiscio, más que el hipotético regreso de Al Shabab, lo que hoy preocupa al alcalde es la proliferación de grupos armados en las calles.

Basta un recorrido por el famoso Kilómetro Cuatro de la ciudad – como occidental resulta imposible detenerse debido a la falta de seguridad – para comprobar que lo que dice este hombre es cierto.

Una tras o otra se suceden las camionetas atiborradas de jóvenes armados con AK47 y ametralladoras de 30mm. Algunos son seguridad de hombres de negocios, periodistas extranjeros u organizaciones no gubernamentales; otros componen las milicias de los llamados señores de la guerra.

“Los señores de la guerra son una bomba de tiempo. Los islamistas los mantenían a raya pero ahora nuestro temor es que intenten recuperar los territorios que antes dominaban”, explica Ahmed Nur Mohammed. “Están esperando a que llegue la oportunidad”.

EL CARNICERO

Entre estos hombres de la guerra hoy destaca uno sobre el resto: Yusuf Mohamed Siad, alias Indha Adde. En los años noventa, cuando Mohamed Farah Aidid y Ali Mahdi emprendieron una feroz pelea por hacerse con el poder después de la caída de Siad Barre, Indha Adde tomó control de la región de Baja Shabelle, donde la brutalidad con la que trató a los miembros de un clan rival le ganó otro de sus apodos: El carnicero.

Según cuenta Jeremy Scahill en un reportaje para el periódico *The Nation*, después de la

invasión etíope de 2007, Indha Adde se pasó al bando de Al Shabab para luchar contra el invasor e histórico rival de Somalia. Entre otros, dio cobijo a Fazul Abdullah Mohammed, líder de Al Qaeda en África oriental. Un cambio de lealtades que luego desharía para terminar luchando contra los islamistas.

“Tal vez más que ningún otro, Indha Adde representa la delirante constelación de alianza y cambios de bando que ha marcado a Somalia desde que se quedara sin gobierno estable en 1991”, escribe Scahill que lo define como un señor de la guerra que cree en la sharía, que es amigo de la CIA y que recibe armas y dinero de AMISOM, además de controlar el mayor ejército privado de Mogadiscio.

En varias entrevistas, el presidente Sharif Ahmed ha tratado de asegurar a la comunidad internacional que los señores de la guerra le han jurado fidelidad. Fidelidad que ha conseguido en buena medida gracias a ofrecerles puestos en el GFT. Indha Adde, que hoy se viste con el uniforme del ejército regular del país, es oficialmente el general Yusuf Mohamed Siad.

Más allá de las buenas intenciones del presidente – que también pasó de ser enemigo de EEUU a convertirse en su aliado tras los Acuerdos de Yibuti que lo llevaron al poder ejecutivo en 2009 -, lo cierto es que ya a finales de septiembre, Indha Adde y sus hombres han tenido los primeros roces con las fuerzas del GFT, pues hay zonas de la capital a las que nadie puede acceder sin su autorización.

SUFÍES EN ARMAS

En un informe publicado en julio, el Grupo de la ONU para la Supervisión de Somalia manifestó su desconfianza con respecto a otro grupo armado que también ha ganado preponderancia en los últimos años peleando contra Al Shabab: las milicias sufíes de Ahlu Sunna Waljama'a (ASWJ).

A diferencia de Indha Adde y sus hombres, lo cierto es que los miembros de ASWJ habían permanecido al margen de la lucha armada. Fueron los ataques de Al Shabab contra sus líderes y símbolos religiosos los que los llevaron a convertirse en una organización paramilitar. Para los miembros de Al Shabab, adscritos al wahabismo, los sufíes son apostatas pues veneran a sus ancestros. De allí las acciones también contra las tumbas que los sufíes convierten en lugares de culto.

De hecho, el origen del grupo en 1991 fue exactamente el mismo. Nació del deseo de

Hernán Zin

defender los valores sufíes frente a la organización Al-Ittihad al-Islamiyya (AIAI), la única que en aquellos tiempos de lucha entre señores de la guerra estaba vinculada con el islamismo integrista. Varios de sus jefes se salieron de la Asamblea Islámica de Académicos de Somalia para tratar de unir a las tres órdenes sufíes del país: Qadiriyya, Salihyya y Ahmadiyya.

En un principio los medios con los que contaba eran precarios. Sólo cuando comenzó a recibir ayuda por parte de Etiopía, la milicia fue tomando verdadera forma. La administración de Addis Abeba brindó financiación, armas y entrenamiento al grupo. Estrategia que no podría haber seguido sin el apoyo de los EEUU.

También la empresa militar privada Southern Ace, con base en Hong Kong y vinculada al soldado de fortuna sudafricano Edgar Van Tonder, aportó los medios y la experiencia para que ASWJ desarrollara su brazo paramilitar. Un informe de la ONU señala que Southern Ace violó de forma flagrante el embargo de armas hasta el punto de que hizo que el precio de las municiones subiera en el país.

Es el propio líder de la organización, Abdulkadir Moallin Noor, *El Califa*, quien nos muestra los lugares del mercado de Bakara en los que sus hombres pelearon contra Al Shabab. Alto, pausado en los movimientos, habla un inglés impecable y tiene el aspecto de un dandy.



Abdulkadir Moallin Noor, *El Califa*

En la Mezquita Roja, donde fueron destruidas las tumbas de sus ancestros, nos asegura que es un hombre leal al GFT. “Trabajo para al presidente Sharif Ahmed. Soy su asesor de seguridad. Y mis hombres se han integrado al Ejército regular, yo ya no les pago el sueldo”, explica negando veracidad al informe de la ONU que sostiene que sus milicias “parecen representantes de potencias extranjeras más que autoridades locales emergentes”.

EL RESTO DEL PAÍS

La salida de Al Shabab de Mogadiscio vuelve a poner a Somalia, y a su precario Gobierno, frente a los mismos problemas que provocaron hace veinte años la guerra civil que aún hoy perdura: las ambiciones de poder de los señores de la guerra.

Es a lo largo de los próximos meses que el presidente Sharif Ahmed, y en buena medida la comunidad internacional que lo respalda, se juegan la posibilidad de establecer en la capital una base sólida desde la que comenzar a ganar espacio en el resto del país.

Si este primer movimiento tiene un resultado positivo, entonces se podría empezar a soñar con ir recuperando no sólo las vastas zonas bajo el control de Al Shabab sino los reinos de taifas que los señores de la guerra tiene desparramados por la geografía del país, incluida la región semiautónoma de Puntland, cuna de la piratería.

Si se consigue que Al Shabab no vuelva, y se logra controlar a los grupos armados de la capital, quizás este sea el comienzo de un cambio para Somalia.

Hernán Zin
Periodista
Corresponsal Área Conflictos

Las ideas contenidas en los Documentos de Opinión son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

